

INMIGRACIÓN Y LITERATURA, O EL PARAÍSO, LOS OTROS Y SUS REPRESENTACIONES

JOSÉ MANUEL PEDROSA BARTOLOMÉ

Universidad de Alcalá

(Abstract)

Migration processes have always left marks in peoples, traditions and cultures, with the consequent manifestations in oral and written literatures. Heroes, for instance, can be defined as emigrants who are forced to solve a series of difficulties to reach their final goal. This article uses a comparative literary approach to analyze the function of the search for a paradise—where scarcity and limitations would not exist—and the encounter with “the other” as key elements on literature about migration processes. These two elements can be located at the base of literature and migration both in the past and in the present.

Los procesos de migración y de inmigración han dejado, en todos los pueblos, tradiciones y culturas que los han experimentado, manifestaciones, huellas y ecos literarios de signo oral y de signo escrito. Los héroes de tantos mitos, de tantas epopeyas, de tantos cuentos (y a veces de algunas historias reales), ¿no son, casi por definición, emigrantes que se ven obligados a recorrer caminos llenos de pruebas y de dificultades hasta llegar a su meta final, donde acaban (en muchas ocasiones) estableciéndose, contrayendo matrimonio (es decir, *integrándose*) y fundando una nueva descendencia? Pensemos, por poner un ejemplo, en el caso del Cid (tanto del Cid histórico como del legendario), expulsado de Castilla, y *emigrado* y asentado (mediante conquista) en Valencia, donde acaba echando raíces y muriendo. Pensemos también en los protagonistas de la novela picaresca. ¿No son ellos también lo que podríamos llamar *inmigrantes* económicos, en busca siempre de nuevos escenarios donde saciar de manera segura y permanente su hambre y sus necesidades económicas? Recordemos igualmente al *Otello* de Shakespeare, el africano de piel oscura, *inmigrante* en Venecia y acosado con mil falacias racistas por envidiosos enemigos. O evoquemos los *westerns* norteamericanos, con sus tan familiares imágenes de familias enteras montadas sobre carros y caravanas traqueteantes hacia el prometedor Oeste. O las peripecias de los héroes que pueblan la ciencia-ficción más actual y que intentan ofrecernos un adelanto de cómo serán los inmigrantes-colonizadores de otros mundos en el futuro.

El viaje, el desplazamiento, el cambio de lugar y de horizontes, son consustanciales a la literatura. Sin ellos, es difícil imaginar siquiera la posibilidad de que surja la chispa de la ficción, de que se pueda edificar cualquier discurso literario. La literatura moderna ha intentado muchas veces forzar los límites de esta lógica, experimentar con espacios fijos e imaginar acciones sin desplazamientos, pero jamás ha logrado plasmarlas en un texto literario del que esté ausente, por activa o por pasiva, en positivo o en negativo, o bien el movimiento o bien la expectativa del movimiento. Los dos protagonistas de *Esperando a Godot* de Samuel Beckett no se mueven nunca de su lugar. Pero de Godot sí que esperan (en vano) el desplazamiento hacia ellos. Los protagonistas de *Las sillas* de Eugène Ionesco tampoco se mueven de su lugar, pero esperan que sus invitados (que nunca llegan) sí se desplacen hasta la habitación donde les esperan. Hasta que sean los anfitriones quienes se muevan, arrojándose desesperados por la

ventana. La protagonista de *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes, permanece inmóvil sobre el escenario que representa la sala de velatorio de su marido. Pero evoca, en su intenso monólogo, los bien diversos escenarios por los que transcurrió su vida en común. Las cámara de la película *Las lágrimas amargas de Petra von Kant*, de Reiner W. Fassbinder, no se evade jamás de la claustrofóbica habitación donde se relacionan las dos mujeres protagonistas. Pero, en la escena final, una de ellas sale del campo visual de la cámara, sobrepasa los límites de la habitación, y se aleja. La fijación literaria de la inmovilidad es un privilegio, como mucho, de la evocación lírica (recuérdense, por ejemplo, las morosas descripciones que Jorge Guillén hacía de una simple y estática mesa), pero va totalmente en contra de la esencia del discurso narrativo o del discurso dramático, que se ven siempre obligados a reflejar (o a desear, o a esperar) el movimiento para que de él surja, en primer lugar, el contacto con *el otro*, y en segundo, la alianza o el enfrentamiento con él. Es ahí donde se halla el embrión de todo conflicto cultural y literario.

La alianza y el enfrentamiento con el otro están condicionados por una circunstancia evidente: la cultura humana es expansiva, invasora, insaciable. Aspira siempre a saber más, a tener más, a poder más. Compartiéndolo o compitiendo con *el otro*, obviamente. El punto de partida de cualquier peripecia vital, y también por tanto de cualquier peripecia literaria, es una situación de *carencia* (como la denominó Vladimir Propp en la *Morfología del cuento*) o de *bien limitado* (como la denominó George Foster en *A primitive Mexican Economy*, entre otras obras). El ser humano está siempre deseoso de aumentar sus bienes (culturales o materiales) desde la original situación de *limitación* hasta la ansiada situación de *ilimitación*. Y ello entra en conflicto, naturalmente, con las aspiraciones similares de *los otros*. Excepto en escenarios tan irreales como el de Jauja (o como cualquier otra concreción del mito del paraíso recobrado), que es una de las expresiones más elocuentes y conocidas del ideal del *bien ilimitado* sustraído de cualquier competencia de *los otros*: Jauja sería, en efecto, el lugar al que todo el mundo desearía ir a parar porque en él ningún bien conoce límites, porque los ríos son allí de leche y miel, y los árboles de azúcar y caramelo, y todas las necesidades pueden ser cubiertas con sólo alargar la mano, sin entrar en competencia con *los otros* por unos bienes que exceden con mucho las posibilidades de consumo de todos. El que Jauja haya sido representada tantas veces como una isla (la isla de Jauja) no es ninguna casualidad. Es un motivo que obliga a imaginarla como meta de un inevitable itinerario migratorio. Igual que sucede con el resto de las representaciones simbólicas del intemporal y universal mito del paraíso, desde Eldorado o el Far West hasta el feliz Occidente imaginado por los desesperados navegantes que llegan cada día a nuestras costas.

Un número muy reciente (de junio de 2003, coordinado por Irene Andrés-Suárez) de la revista *Quimera*, una de las más importantes del panorama crítico-literario español, dedica una atención casi monográfica a la cuestión de *La emigración en el mundo hispánico hoy: huellas literarias*. Sus muy variados y documentados artículos nos informan sobre una enorme cantidad de autores, de títulos, de tendencias, de actitudes, cada vez más activos y florecientes en el ámbito español, en el hispanoamericano y en el extrahispánico, que están haciendo del fenómeno migratorio y de sus proyecciones sociales y culturales el eje de sus discursos literarios e ideológicos.

Mi propósito es añadir, a los muchos nombres y a las muchas obras comentados en aquellas páginas, algunos otros nombres y títulos seguramente menos actuales, inevitablemente heterogéneos y presentados de modo sin duda menos sistemático y ordenado (puesto que

pretendo atender a marcos cronológico y geográfico mucho más amplios), pero cuya bien merecida condición de clásicos nos puede permitir entender al menos la proliferación actual de voces literarias preocupadas por el fenómeno de las migraciones dentro de un marco histórico y transcultural que pueda arrojar cierta luz sobre sus manifestaciones más modernas. Porque lo que no hay nunca que olvidar, por más que el fenómeno nos parezca rabiosamente contemporáneo, es que también en el pasado fue la inmigración no sólo objeto de la atención de escritores y artistas, sino que llegó incluso a ser considerada el motor e inspiración primordial del *decir* poético, tal y como proclamó Arthur Rimbaud en los versos inmortales de su poema *L'esprit* (*El espíritu*):

Errantes judíos de Noruega
decidme la nieve.
Viejos y queridos exiliados
decidme el mar. (227)

Intentaré, de paso, demostrar hasta qué punto la búsqueda de un paraíso donde no se sufran las carencias y limitaciones del solar nativo, y el encuentro (positivo o negativo) con *el otro*, que son hoy las claves esenciales de este tipo de literatura de cada vez mayor cultivo y difusión, fueron igualmente sus motivos más esenciales y repetidos en el pasado.

Comenzaremos con uno de los grandes clásicos de la literatura española: Pedro Calderón de la Barca. Y con la impresionante escena de la Jornada Primera de *El príncipe constante* (100, 105), en que el ansia de acumulación de bienes y de poder se suma al casi siempre asociado afán de doblegar al *otro*:

ENRIQUE
Yo he de ser el primero, África bella,
que he pisar tu margen arenosa,
porque oprimida al peso de mi huella
sientas en tu cerviz la poderosa
fuerza que ha de rendirte.

FERNANDO
Yo en el suelo
africano, la planta generosa
el segundo pondré. ¡Válgame el cielo!

.....
CUTIÑO
Ea, Cutiño valiente,
saca la espada animoso,
que hoy te han de caber de suerte
ocho moros.

Sin alejarnos demasiado de la época en que vio la luz y fue ambientado el drama

calderoniano, la tragedia romántica *Don Carlos*, de Friedrich von Schiller, nos ofrece otro ejemplo escenificado en el Siglo de Oro español, y puesto en boca esta vez del tiránico Duque de Alba, de inmigración con afán de conquista y de imposición política y económica a los *otros* de los lugares invadidos. La comparación con Dios revela el afán de poder ilimitado que impulsaba al movimiento invasor:

Esta espada dictó leyes españolas a pueblos extranjeros, brilló delante del Crucificado, trazó en esta parte del mundo surcos de sangre para la semilla de la fe: Dios juzgaba en el cielo, yo en la tierra. (Schiller 175)

Otro gran clásico español del Barroco nos ofrece una interesantísima muestra de migración movida por intereses y por circunstancias justamente contrarias a las anteriores. El capítulo X de *La vida del Buscón llamado don Pablos*, de Francisco de Quevedo, refleja, en efecto, una escena de migración a América que aspira —desde la pobreza y la sumisión, no desde la abundancia y el poder— a la búsqueda de horizontes mejores, lejos de persecuciones y, sobre todo, de las *limitaciones* y necesidades materiales que se sufren en el suelo natal:

La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábamos la puerta, pero, con todo, de media noche abajo, rondábamos disfrazados. Yo que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado —que no soy tan cuerdo—, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella, a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como v.m. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres. (Quevedo 284)

Lamentablemente, no llegó don Pablos a relatar, en la nunca escrita Segunda Parte de su biografía picaresca, por qué le fue mal en América, ni con qué *otros* se topó para que así sucediera. En cualquier caso, no sólo él, sino también otros famosos delincuentes de ficción se han planteado (al menos en sueños) convertirse en emigrantes para escapar de la persecución. En *El Tío Goriot* (162-163) de Honoré de Balzac, el astuto estafador Vautrin se permite exteriorizar de este modo sus sueños:

Yo tengo una idea, ¿sabe? Mi idea es ir a vivir una vida patriarcal, en un gran domo de cien mil arpens, por ejemplo, en los Estados Unidos, en el sur. Quiero hacerme plantador allí, tener esclavos, ganar unos buenos millones vendiendo mis vacas, mi tabaco, mis maderas, viviendo como un rey, haciendo mi voluntad, llevando una vida que no se puede concebir aquí, donde uno vive agazapado en su madriguera de yeso. Yo soy un gran poeta: mis poesías no las escribo, consisten en acciones y en sentimientos. Poseo en este momento cincuenta mil francos. Necesito doscientos mil francos, proque quiero doscientos negros para satisfacer mi gusto por la vida patriarcal. Los negros, vea usted, son como niños comprados con los que se hace lo que se quiere, sin que ningún curioso procurador del rey venga a pedir cuentas. Con este capital negro, en diez años, tendré tres o cuatro millones. Si tengo éxito, nadie me preguntará: ¿Quién eres? Seré el señor cuatro millones, ciudadanos de los Estados

Unidos. Tendré cincuenta años, no estaré todavía estropeado, me divertiré a mi gusto.

En diversos pasajes de la colosal novela *Los hermanos Karamazov* presenta también Fiódor Dostoievski el sueño de la emigración como atormentada y contradictoria estrategia de huida:

Yo también considero, por ejemplo, que huir de la patria a América es una bajeza, es peor que una bajeza: es una estupidez. ¿Para qué ir a América, cuando también en nuestro país se puede ser útil a la humanidad? Precisamente ahora. Hay un campo inmenso de actividad fecunda. (Dostoievski, *Los hermanos Karamazov* 813)

Te explicaré lo que he meditado y decidido: si me escapo, incluso con dinero y pasaporte, incluso si llego a América, me animará aún la idea de que no huyo hacia la alegría ni hacia la felicidad, sino hacia otro presidio, en verdad quizá no peor que éste. ¡No peor, Alexiái, te lo digo de verdad, no es peor! A esa América, mal rayo la parta, yo ahora la odio. No importa que Grusha esté conmigo, pero mírala: ¿qué tiene de americana? Es rusa, es rusa hasta el tuétano de los huesos, tendrá nostalgia de la entrañable tierra natal, yo la veré a cada hora angustiada por mi culpa, por la cruz que se ha echado a costas por mí, ¿y de qué es ella culpable? ¿Y soportaré yo acaso a los rústicos de aquel país, aunque quizá todos sin excepción sean mejores que yo? ¡Odio a esa América ya ahora! ¡Y aunque todos, hasta el último mono, sean el no va más en mecánica o en lo que se quiera, al diablo con ellos, no es gente como yo, de alma como la mía! ¡Yo amo a Rusia, Alexiái, amo al dios ruso, aunque sea yo un canalla! ¡Allí me ahogará! —exclamó de pronto, relampagueantes los ojos. Le tembló la voz, cargada de lágrimas—. Pues verás lo que he decidido, Aliosha, ¡escucha! —prosiguió, ahogando la emoción—. Llegaré allí con Grusha, y enseguida a labrar la tierra, a trabajar donde no haya más que osos salvajes, solitarios, en algún lugar bien apartado. ¡También allí ha de haber lugares apartados! Dicen que allí todavía hay pieles rojas, en el límite del horizonte; bueno, pues iremos allí, con los últimos mohicanos. Y enseguida, Grusha y yo, de cara a la gramática. Trabajo y gramática, y así unos tres años. En esos tres años aprenderemos la lengua inglesa como ingleses de pura cepa. Y no bien la sepamos, ¡adiós, América! Vendremos corriendo hacia aquí, a Rusia, como ciudadanos americanos. No te preocupes; aquí, a esta pequeña ciudad, no volveremos. Nos esconderemos lejos, en el norte o en el sur. Por aquel entonces tanto yo como Grusha habremos cambiado en América; no faltará un doctor que me haga alguna verruga postiza, no en vano allí son todos buenos mecánicos. (Dostoievski, *Los hermanos Karamazov* 1097)

Rodión Raskolnikov, el atormentado asesino de *Crimen y castigo*, otra inmensa novela del mismo Dostoievski, muestra también actitudes encontradas en relación con la huida a América. A veces sueña con aquel horizonte como tierra de promisión en la que las limitaciones (económicas, de seguridad y de paz interior) quedarán aliviadas:

Lo mejor será escapar muy lejos... a América, y al diablo con todo. También me llevaré el pagaré... allí me servirá. ¿Qué más me llevaría? (Dostoievski, *Crimen* 211)

Pero otras veces, la salida de la emigración le resulta una posibilidad indeseable:

–Váyase cuanto antes a América. ¡Lárguese a toda prisa, joven! Quizá esté a tiempo todavía. Se lo digo sinceramente. ¿No tiene dinero? Yo le daré para el viaje...

–No estoy pensando en eso ni por lo más remoto –replicó Raskólnikov con repugnancia. (Dostoievski, *Crimen* 628)

Para otro de los atormentados personajes de *Crimen y castigo*, Svidrigáilov, el sueño de la emigración se quedará también en un deseo al mismo tiempo desengañado y amargo, además de trágico:

A Aquiles debió de parecerle impropio que un hombre, sin estar borracho, le mirase fijamente, parado delante de él, a tres pasos, y sin decirle ni una palabra.

–¿Se puede saber qué busca aquí? –preguntó sin cambiar de postura todavía.

–Nada de particular, amigo. Hola –contestó Svidrigáilov.

–Aquí no se puede estar.

–Me voy a otras tierras, ¿sabes?

–¿A otras tierras?

–Sí. A América.

–¿A América?

Svidrigáilov sacó el revólver y levantó el gatillo. Aquiles encarcó las cejas.

–Oiga, éste no es sitio para gastar bromas.

–¿Y por qué no?

Pues, porque no.

–Mira, amigo, lo mismo da. El sitio es bueno. Si te preguntan algo, dices eso: que me he marchado a América.

Svidrigáilov apoyó el cañón del revólver en la sien derecha.

Aquiles salió al fin de su inmovilidad abriendo desmesuradamente los ojos.

–Eso no se puede hacer aquí. Éste no es sitio para eso.

Svidrigáilov apretó el gatillo. (Dostoievski, *Crimen* 657-658)

América, símbolo a un tiempo de la utopía y de la muerte en *Crimen y castigo*, había cumplido antes el mismo papel en los versos inolvidables del *The Foster-Mother's Tale* (*El cuento del aya*) de Samuel Taylor Coleridge:

MARÍA

¿Y qué fue de él?

AYA

Se embarcó

con aquellos osados viajeros que descubrieron
tierras doradas. El hermano pequeño de Leoni
siguió el mismo rumbo, y cuando regresó a España

le contó a Leoni que el pobre joven perturbado,

al poco de haber llegado al nuevo mundo,

a pesar de sus intentos, se había apoderado de una barca,

y solo, había izado velas bajo la luz silenciosa de la luna

subiendo corriente arriba por un gran río, grande como el mar,

y nunca más se supo de él: pero se supone que se quedó a vivir y murió entre los salvajes. (162-165)

Si Coleridge y Dostoievski fueron maestros en describir la tragedia de la emigración (incluso la tragedia del sueño de la emigración), algunos escritores más modernos han alcanzado cotas de emotividad y de intensidad literarias que no pueden calificarse de ningún modo de menores. Pocas veces habrá logrado nadie, en efecto, describir y transmitir de forma más intensa y estremecedora la tragedia de la emigración que Edwidge Danticat, una joven y ya consagrada narradora de origen haitiano que vive emigrada en Nueva York. Su extraordinaria novela *Cosecha de huesos* describe con tintes auténticamente épicos las matanzas de inmigrantes haitianos que tuvieron lugar en la República Dominicana del dictador Trujillo en la década de 1930. Pero, dentro del volumen de cuentos titulado *¿Krik? ¿Krak!*, las páginas, por ejemplo, de “Hijos del mar” (el cuento que abre el libro) no pueden dejar de conmover ante la escalofriante pintura del ahogamiento de los balseiros en las aguas del Caribe y de la incertidumbre de sus familias en tierra firme. Y el cuento final del volumen, *La boda de Caroline*, aunque presenta el itinerario de la emigración como una empresa ya consumada, tampoco olvida la oscura nostalgia que desde el mismo momento de la llegada al nuevo puerto atraviesa la vida del emigrante:

Dejó la bolsa sobre la cama y empezó a sacar todo tipo de objetos que había puesto allí mucho tiempo atrás, cuando dejó Haití para reunirse en los Estados Unidos con mi padre. Había cintas de casete y cartas que él había mandado, cartas repletas de palabras escritas apretadamente entre líneas, en envejecidas hojas de papel cuadriculado. En esas cartas que le enviaba desde América cuando ella estaba todavía en Haití, nunca le hablaba de amor. Se refería a cosas prácticas: cómo estaba yo, cuánto dinero le enviaba y cuánto tenía que gastarse en cada cosa. Mi madre tenía también las cartas que le escribía ella. Le decía lo mucho que le quería y las ganas que tenía de que se reunieran cuanto antes.

Aquella noche, mamá y yo nos quedamos sentadas en su habitación con todas esas cosas a nuestro alrededor. Cosas que no podíamos tirar, pero tampoco dejar a la vista. (Danticat 195)

Muchas obras literarias han enfocado la emigración como un sueño imposible, como una aspiración frustrada por limitaciones económicas tan extremas que hasta impedían el simple intento de embarcar en busca de horizontes mejores. Camilo José Cela explica, en *La familia de Pascual Duarte*, cómo el protagonista estuvo varias veces a punto de emigrar a América para librarse de las carencias de la vida que en su casa llevaba:

Decidí reanudar la marcha hacia donde había marcado mi meta, preparé el poco equipaje que llevaba en una maletilla que compré, saqué el billete de tren, y acompañado de Estévez, que no me abandonó hasta el último momento, salí para la estación –que era otra que por la que había llegado– y emprendí el viaje a La Coruña que, según me asesoraron, era un sitio de cruce de los vapores que van a las Américas. El viaje hasta el puerto fue algo más lento que el que hice desde el pueblo hasta Madrid, por ser mayor la distancia, pero como pasó la noche por medio y no era

yo hombre a quien los movimientos y el ruido del tren impidieran dormir, se me pasó más de prisa de lo que creí y me anunciaban los vecinos y a las pocas horas de despertarme me encontré a la orilla de la mar, que fuera una de las cosas que más me anonadaron en esta vida, de grande y profunda que me pareció.

Cuando arreglé los primeros asuntillos me di perfecta cuenta de mi candor al creer que las pesetas que traía en el bolso habrían de bastarme para llegar a América. ¡Jamás hasta entonces se me había ocurrido pensar lo caro que resultaba un viaje por mar! Fui a la agencia, pregunté en una ventanilla, de donde me mandaron a preguntar a otra, esperé en una cola que duró, por lo bajo, tres horas, y cuando me acerqué hasta el empleado y quise empezar a inquirir sobre cuál destino me sería más conveniente y cuánto dinero había de costarme, él –sin soltar palabra– dio media vuelta para volver al punto con un papel en la mano.

–Itinerarios..., tarifas... Salidas de La Coruña los días 5 y 20.

Yo intenté persuadirle de que lo que quería era hablar con él de mi viaje, pero fue inútil. Me cortó con una sequedad que me dejó desorientado.

–No insista.

Me marché con mi itinerario y mi tarifa y guardando en la memoria los días de las salidas. ¡Qué remedio!

En la casa donde vivía, estaba también alojado un sargento de artillería que se ofreció a descifrarle lo que decían los papeles que me dieron en la agencia, y en cuanto me habló del precio y de las condiciones del pago se me cayó el alma a los pies cuando calculé que no tenía ni para la mitad. El problema que se me presentaba no era pequeño y yo no le encontraba solución; el sargento, que se llamaba Adrián Nogueira, me animaba mucho –él también había estado allá– y me hablaba constatemente de La Habana y hasta de Nueva York. Yo –¿para qué ocultarlo? – lo escuchaba como embobado y con una envidia como a nadie se la tuve jamás, pero como veía que con su charla lo único que ganaba era alargarme los dientes, le rogué un día que no siguiera porque ya mi propósito de quedarme en el país estaba hecho. (133-135)

No fue ésta la única ocasión en que aspiró a emigrar Pascual Duarte. Tiempo más adelante hizo los mismos planes con su esposa, con la meta sobre todo de huir de su tiránica madre, a la que el atormentado Pascual acabará asesinando en la escena culminante de la novela:

Llevábamos ya dos meses casados cuando me fue dado el observar que mi madre seguía usando de las mismas mañas y de iguales malas artes que antes de que me tuvieran encerrado. Me quemaba la sangre con su ademán, siempre huraño y como despegado, con su conversación hiriente y siempre intencionada, con el tonillo de voz que usaba para hablarme, en falsete y tan fingido como toda ella. A mi mujer, aunque transigía con ella, ¡qué remedio le quedaba!, no la podía ver ni en pintura, y tan poco disimulaba su malquerer que la Esperanza, un día que estaba ya demasiado cargada, me planteó la cuestión en unas formas que pude ver que no otro arreglo sino el poner la tierra por en medio podría llegar a tener. La tierra por en medio se dice cuando dos se separan a dos pueblos distantes, pero, bien mirado, también se podría decir cuando entre el terreno en donde uno pisa y el otro duerme hay veinte pies de altura.

Muchas vueltas me dio en la cabeza la idea de la emigración; pensaba en La Coruña, o en Madrid, o bien más cerca, hacia la capital, pero el caso es que —quién sabe si por cobardía, por falta de decisión! — la cosa la fui aplazando, aplazando, hasta que cuando me lancé a viajar con nadie que no fuese con mis mismas carnes, o con mi mismo recuerdo, hubiera querido poner la tierra por en medio... La tierra que no fue bastante grande para huir de mí culpa... La tierra que no tuvo largura ni anchura suficiente para hacerse la muda ante el clamor de mi propia conciencia.

Quería poner tierra entre mi sombra y yo, entre mi nombre y mi recuerdo y yo, entre mis mismos cueros y mí mismo, este mí mismo del que, de quitarle la sombra y el recuerdo, los nombres y los cueros, tan poco quedaría. (Cela 170-171)

En *Tres sombreros de copa*, la célebre comedia de Miguel Mihura, convertirse en inmigrantes para alcanzar cielos más benignos parece ser también —aunque en clave de desengañado humor— la obsesión de varios personajes. Dionisio, el protagonista, intenta conquistar con esa promesa a la gentil Paula:

DIONISIO: No. Pero nos iremos a un pueblo de Londres. La gente de Londres habla inglés porque todos son riquísimos y tienen mucho dinero para aprender esas tonterías. Pero la gente de los pueblos de Londres, como son más pobres y no tienen dinero para aprender esas cosas, hablan como tú y como yo... ¡Hablan como en todos los pueblos del mundo!... ¡Y son felices!...

PAULA: ¡Pero en Inglaterra hay demasiados detectives!...

DIONISIO: ¡Nos iremos a La Habana!

PAULA: En La Habana hay demasiados plátanos.

DIONISIO: ¡Nos iremos al desierto! (Mihura 144)

El ansia por emigrar de Dionisio seguirá vivo escenas después, cuando siga gritando “¡Paula! ¡Yo me quiero casar! ¡Vámonos juntos a Chicago...!” (Mihura 151). Otro personaje de la misma comedia, el anciano militar que quiere seducir a la astuta Fanny, sueña también con emigrar junto a su amada:

Ya le he dado todas las cruces. Sólo me queda una. La que más trabajo me ha costado ganar... La que conseguí peleando con los cosacos. Y, ahora, accede usted a escaparse conmigo? Venga usted junto a mí. Nos iremos a América y allí seremos felices. Pondremos un gran rancho y criaremos gallinitas. (Mihura 126)

Aún podríamos hablar de uno de los personajes de las *Viejas historias de Castilla la Vieja*, de Miguel Delibes (111), que se plantea en algún momento inmigrar, aunque nunca llega a dar el paso definitivo. Su desconfianza ante la posibilidad de que en Panamá fuese a satisfacer mejor sus necesidades que en España fue determinante para ello:

Así, en cuanto pude, me largué de allí, a Bilbao, donde decían que embarcaban mozos gratis para el Canal de Panamá y que luego le descontaban a uno el pasaje de la soldada. Pero aquello no me gustó, porque ya por entonces padecía yo del espinazo y me doblaba mal y se me antojaba que no estaba hecho para trabajos tan rudos.

Por su parte, Gustavo Martín Garzo, en su novela *El valle de las gigantas*, describe un fenómeno que en el ambiente rural de la España de después de la Guerra Civil debió de ser absolutamente común: el del ansia de emigración que la estrechez de la vida cotidiana alimentaba desde la misma niñez:

Las tres querían irse del pueblo. Según ellas era un auténtico desastre y la única solución era emigrar cuanto antes...

—Sócrates, sálvanos —empezaron a decirle en broma—, arráncanos de este pueblo. Aquí no podemos vivir. (42-43)

Fuera de España, la pintura de los sueños y las miserias de la emigración ha logrado también retratos de intensa emotividad. El gran poeta francés Guillaume Apollinaire los inmortalizó en diversos poemas de su libro *Alcools (Alcoholes)*, que vio la luz en 1913. Por ejemplo, en *L'émigrant de Landor Road (El emigrante de Landor Road)*:

Mañana para América zarpará mi barco
Y nunca he de regresar
Con el dinero que gane en líricas praderas
A guiar mi ciega sombra por esas calles que yo amaba

Y es que volver está bien para un soldado de Indias
Los mercachifles mis condecoraciones de oro fino vendieron
Pero estrenando mi traje quiero por fin dormir
A la sombra de árboles llenos de mudos pájaros y monos. (303)

En los versos de otro de sus poemas, el titulado *Zone (Arrabal)* insiste Apollinaire en reflejar, con hábil mezcla de naturalismo descriptivo y de lenguaje de vanguardia, las desdichas de la inmigración:

Con ojos bañados en lágrimas a esos pobres emigrantes miras
Creen en Dios rezan las mujeres amamantan niños
Con sus olores llenan el vestíbulo de la estación Saint-Lazare
Confían en su estrella igual que los Reyes Magos
Esperan ganar dinero en Argentina
Y regresar a su país cuando hayan hecho fortuna
Una familia transporta un edredón rojo igual que vosotros transportáis vuestro
corazón

Tan irreal ese edredón como nuestros sueños es
Algunos de esos emigrantes se quedan aquí y se alojan
En tugurios de la calle Écouffres o de la calle Rosiers
A menudo les he visto por la noche en la calle toman el fresco
Y apenas se desplazan como piezas de ajedrez
Hay judíos sobre todo sus mujeres llevan peluca
Sentadas se quedan exangües en sus trastiendas. (126-129)

El mismo Apollinaire tiene otros emotivos versos dedicados a los inmigrantes. Su poema *Le larron* (*El ladrón*), del mismo libro *Alcools*, está dedicado a un desgraciado emigrante que se hizo eventual ladrón por hambre:

CORO

Vagabundo extranjero torpe desdichado
Ladrón ladrón por qué esos frutos no pediste di
Ya que tienes hambre que exiliado eres
Llorando está bárbaro y bueno es perdonadle

LADRÓN

Confieso haber robado los dulces frutos los frutos maduros
Pero no vengo a fingir el exilio entre vosotros
Y sabed que dispuesto estoy para comunes suplicios
Injustos si todo lo que robé devuelvo. (261)

No a todos los emigrantes que pueblan las ficciones literarias les ha ido, afortunadamente, tan mal. Es el caso de *El titiritero*, protagonista del relato homónimo de Hans Christian Andersen, que se declara satisfecho por haber encontrado al menos relativa satisfacción a sus *limitaciones* materiales y por haber trabado relación con *otros* abiertos y tolerantes:

Soy un director feliz, mi personal no discute, y el público tampoco, pues se divierte con toda el alma. Puedo hilvanar mis obras como se me antoja; de cada comedia saco lo mejor, según me parece, y nadie se molesta por ello. Me sirvo de obras que están ya desechadas en los grandes teatros, pero que hace treinta años el público corría a verlas y lloraba con ellas a moco tendido. Las presento a los pequeños, los cuales lloran como antaño lo hicieron sus padres. Represento "Joahna Montfaucon" y "Dyveke", aunque abreviadas, porque los chiquillos no aguantan los largos coloquios amorosos; lo quieren desgraciado, pero rápido. He recorrido toda Dinamarca, conozco a sus gentes, y soy de ellas conocido. He pasado ahora a Suecia, y si aquí me acompaña la suerte y me saco mis buenas perras, me haré escandinavo y nada más; se lo digo como compatriota.

Y yo, como compatriota, lo cuento, naturalmente, sólo por contarlo. (543)

Tan positivo y optimista —aunque no exento de nostalgia— como el relato anterior es el que incluyó el escritor uruguayo Eduardo Galeano en *El libro de los abrazos*. Las diversas vidas y las diversas *otredades* que, para él, vive el emigrante, tanto cuando se marcha como cuando se vuelve, son dos factores de enriquecimiento personal y social:

La primera vez que fui a Galicia, mis amigos me llevaron al río del Olvido. Mis amigos me dijeron que los legionarios romanos, en los antiguos tiempos imperiales, habían querido invadir estas tierras, pero de aquí no habían pasado: paralizados por el pánico, se habían detenido a la orilla de este río. Y no lo habían atravesado nunca, porque quien

cruza el río del Olvido llega a la otra orilla sin saber quién es ni de dónde viene.

Yo estaba empezando mi exilio en España y pensé: si bastan las aguas de un río para borrar la memoria ¿qué pasará conmigo, resto de naufragio, que atravesé toda una mar?

Pero yo había estado recorriendo los pueblecitos de Pontevedra y Orense, y había descubierto tabernas y cafés que se llamaban *Uruguay* o *Venezuela* o *Mi Buenos Aires Querido* y cantinas que ofrecían parrilladas o arepas, y por todas partes había banderines de Peñarol y Nacional y Boca Juniors, y todo eso era de los gallegos que habían regresado de América y sentían, ahora, la nostalgia al revés. Ellos se habían marchado de sus aldeas, exiliados como yo, aunque los hubiera corrido la economía y no la policía, y al cabo de muchos años estaban de vuelta en su tierra de origen, y nunca habían olvidado nada. Ni al irse, ni al estar, ni al volver: nunca habían olvidado nada. Y ahora tenían dos memorias y tenían dos patrias. (100-101)

El mismo libro de Eduardo Galeano nos ofrece otro relato, “Celebración de la risa”, interesantísimo para calibrar el modo en que la cultura oral se ha transmitido *de unos a otros* gracias a los procesos migratorios y ha contribuido a que los seres humanos puedan compartir saberes, tender puentes, construir solidaridades:

José Luis Castro, el carpintero del barrio, tiene muy buena mano. La madera, que sabe que él la quiere, se deja hacer.

El padre de José Luis había venido al río de la Plata desde una aldea de Pontevedra. Recuerda el hijo al padre, el rostro encendido bajo el sombrero panamá, la corbata de seda en el cuello del pijama celeste, y siempre, siempre contando historias desopilantes. Donde él estaba, recuerda el hijo, ocurría la risa. De todas partes acudían a reírse, cuando él contaba, y se agolpaba el gentío. En los velorios había que levantar el ataúd, para que cupieran todos —y así el muerto se ponía de pie para escuchar con el debido respeto aquellas cosas dichas con tanta gracia.

Y de todo lo que José Luis aprendió de su padre, eso fue lo principal:

—*Lo importante es reír* —le enseñó el viejo. *Y reír juntos*. (203)

El juego de relaciones entre historia y literatura, entre vida y ficción, y entre migraciones reales e imaginadas, ha dejado en la letra de molde de los libros algunas expresiones absolutamente memorables. En las páginas finales de *Cien años de soledad* (531-532), el propio Gabriel García Márquez hizo el arriesgado experimento de introducirse a sí mismo como personaje que huye de la insoportable degradación del mítico Macondo:

El único que quedaba en Macondo era Gabriel, todavía al garette, a merced de la azarosa caridad de Nigromanta, y contestando los cuestionarios del concurso de una revista francesa, cuyo premio mayor era un viaje a París. Aureliano, que era quien recibía la suscripción, lo ayudaba a llenar los formularios, a veces en su casa, y casi siempre entre los pomos de loza y el aire de valeriana de la única botica que quedaba en Macondo, donde vivía Mercedes, la sigilosa novia de Gabriel. Era lo último que iba quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí mismo, acabándose a

cada minuto, pero sin acabar de acabarse jamás. El pueblo había llegado a tales extremos de inactividad que cuando Gabriel ganó el concurso y se fue a París con dos mudas de ropa, un par de zapatos y las obras completas de Rabelais, tuvo que hacer señas al maquinista para que el tren se detuviera a recogerlo.

Si en el pasaje anterior el marco de una obra literaria había acogido y *literarizado* la experiencia *real* del joven García Márquez emigrado a París, en otras ocasiones se ha dado el fenómeno contrario: el de que sea el relato de una experiencia real el que alcance la altura de auténtica obra literaria. Como vamos a poder leer como colofón de estas páginas, unas palabras autobiográficas, confesadas recientemente en una entrevista periodística por el gran actor argentino Federico Luppi, inmigrante en la actualidad en España, se elevan hasta la categoría de auténtica fábula moral. Y, como podremos apreciar también, las cuestiones de la *carencia* o *limitación* inicial, de la búsqueda del *paraíso*-refugio contra tales carencias, y de la inestable representación del *otro* como potencial aliado o como potencial enemigo, se traslucen en estas líneas sobre la emigración con la misma nitidez con que lo hacían en las páginas de nuestros mejores clásicos:

Hicimos *El gran deschave* en un momento difícil, tres años después de la muerte de Franco. Se estaba produciendo entonces el primer aluvión de suramericanos, hasta el punto que, recuerdo, en una pensión madrileña pusieron un cartel que decía: "Argentinos, abstenerse". Me cité con el dueño del apartamento que yo quería alquilar; y cuando se me presentó como coronel retirado me temí lo peor, ya que yo no sólo era un argentino, sino que venía huyendo precisamente de los militares. Pero el hombre, cuando supo de mi situación, me alquiló el apartamento sin depósito previo y hasta se ofreció a ayudarme si en algún momento tenía problemas económicos. Fíjate, él no tenía prejuicios y yo sí, porque era un militar. Fue una experiencia inolvidable. (Luppi 14)

BIBLIOGRAFÍA

- Andersen, Hans Christian. "El titiritero". *Cuentos completos*. Trads. F. Payarols y E. Valentí, Barcelona: Labor, 1974. 540-543.
- Andrés-Suárez, Irene, ed. *La emigración en el mundo hispánico hoy: huellas literarias*. Número monográfico de *Quimera* 231. 2003.
- Apollinaire, Guillaume. *Alcoholes. El poeta asesinado*. Ed. J. I. Velásquez. Madrid: Cátedra, 2001.
- Balzac, Honoré de. *El tío Goriot*. Ed. M. Gutiérrez. Madrid: Cátedra, 2001.
- Calderón de la Barca, Pedro. *El príncipe constante*. Eds. F. Cantalapiedra y A. Rodríguez López-Vázquez. Madrid: Cátedra, 1996.
- Cela, Camilo José. *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Destino. 2000.
- Coleridge, Samuel Taylor y William Wordsworth. *Baladas líricas*. Eds. S. Corugedo y J. L. Chamosa. Madrid: Cátedra, 1994.
- Danticat, Edwidge. *¿Krik? ¡Krak!* Trad. R. González Ferriz. Barcelona: Lumen, 1999.
- Delibes, Miguel. *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Madrid: Alianza, 2001.

